

Escrache como Poética de la Existencia. Un Acercamiento Analítico a la Práctica Política del Escrache desde la Categoría de *Parrhesía**

Escrache as Poetics of Existence. An Analytical Approach to the Political Practice of Escrache from the Category of *Parrhesia*

[Artículo de dossier]

Emiliano García Canal**

Fecha de entrega: 08 de febrero de 2024

Fecha de evaluación: 21 de mayo de 2024

Fecha de aprobación: 05 de junio de 2024

Citar como:

García Canal, E. (2024). Escrache como Poética de la Existencia. Un acercamiento a la práctica política del escrache desde la categoría de parrhesía. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 45(131), 404–432. <https://doi.org/10.15332/25005375.9814>



* El presente artículo es un extracto trabajado a partir del cuarto capítulo de la tesis doctoral titulada: Arte y Política: poéticas resistentes en el campo cultural argentino de la segunda mitad del siglo XX.

** Profesor-Investigador Asociado D y adscrito al Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Ciudad de México. Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en Comunicación y Política por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Correo electrónico: garciacanal@correo.xoc.uam.mx ; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8783-4582>

Resumen

Para Michel Foucault existe una relación intrínseca entre ética, estética y política; y, en este ensayo interesa reflexionar sobre la *parrhesía* como ese decir franco que permite la interpellación insolente y escandalosa, por medio del cual los sujetos son interpelados a conocerse a sí mismos. En ese sentido, se analiza el accionar de los escraches, realizados por H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio) en los albores del siglo XXI en Argentina, como la producción e irrupción de una justicia paralela que liga ética y estética en un proceso de subjetivación e interpellación política.

Palabras clave: Escrache, Parrhesia, Estética de la existencia, Arte y Política

Abstract:

For Michel Foucault, there exists an intrinsic relationship between ethics, aesthetics, and politics; and, in this essay, we are interested in reflecting on *parrhesia* as that frank discourse that allows for insolent and scandalous interrogation, through which individuals are called upon to know themselves. In this sense, the actions of *escraches*, carried out by H.I.J.O.S. (Children for Identity and Justice, against Forgetting and Silence) in the early 21st century in Argentina, are analyzed as the production and irruption of a parallel justice that links ethics and aesthetics in a process of subjectivation and political interrogation.

Keywords: Escrache, Parrhesia, Aesthetics of existence, Art and Politic.

El escrache crea otra idea y otra práctica de la justicia, que es opuesta y antagónica a la justicia formal [institucional]. Y con ella funda una nueva práctica y un nuevo concepto de la democracia. En primer lugar “si no hay justicia, hay escrache”. O sea, la justicia no depende de una institución que la encarne, sino de la acción que la produce. No es la institución, ni la norma, ni siquiera el derecho (humano) el que funda lo justo, sino el acto y la práctica concreta de la justicia. (Colectivo Situaciones, 2002, p. 26)

Estado de Impunidad, los Orígenes del Escrache¹

Casi en los albores del nuevo milenio, el estado de impunidad imperante en la Argentina postdictadura era de tal magnitud, que colaboradores y pertrechadores del terrorismo de Estado, ejercido durante el autoproclamado *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1984) —última dictadura—, vivían en el completo anonimato y ocupando, en muchos casos, puestos de control y administración de la vida pública y social. Estos sujetos habían pasado de secuestrar, torturar y desaparecer personas, así como hurtar bebés y bienes, a existir como un vecino más en los barrios; invisibilizándose la relación entre los actos cometidos por ellos y la responsabilidad sobre estos mismos hechos. En esa Argentina signada por las leyes de “Punto final” y “Obediencia Debida” legisladas en tiempos del presidente Raúl Alfonsín, así como por los 277 indultos promovidos posteriormente por el presidente Carlos Saúl Menem respecto a los casos juzgados o investigados por la justicia desde 1984, el escrache surge como una forma de justicia alternativa.

“Si no hay justicia, hay escrache” fue la consigna con la cual *Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio* (H.I.J.O.S.) —organización de derechos humanos formada en la década de los noventa por los hijos de aquella generación acallada, exiliada y, en muchos casos, desaparecida— iniciará un proceso de resistencia contra la impunidad que se pretendía imponer como forma naturalizada de justicia y de norma social.

Aquellos mismos que cometieron la última dictadura cívico militar, desde las corporaciones, desde el Estado terrorista, desde los medios de comunicación, han instaurado durante años la imposición del no nombrar,

¹ «Escrache» es una palabra proveniente del lunfardo —habla perteneciente a las clases populares de la Ciudad de Buenos Aires y alrededores— que deriva del genovés *scraccá* y que alude a la acción de marcar y evidenciar críticamente las acciones de alguien. (Duduik & Torres, 2014) A la práctica, con intenciones críticas y de cancelación acusatoria, de visibilizar y evidenciar la existencia y las prácticas realizadas por alguien también se le conoce en otros lugares de Latinoamérica como «funa».

del no recordar y de no hacernos cargo de nuestra historia. (Amy Rice Cabrera en: Morello & Pablos, 2014c, sc. t. 5':42")

El escrache surge entonces como una negativa a aceptar el olvido y el perdón como los fundamentos sobre los que se había intentado construir el endeble pacto democrático de aquellos años. Para la generación de esos jóvenes que quedaron marcados con los estragos del terrorismo de Estado, el olvido, el perdón y la reconciliación no eran opción. Ellos exigían: juicio y castigo a los asesinos y cómplices; revocación de las leyes de impunidad; la reivindicación de la lucha de sus padres; restitución de la identidad de los bebés e infantes secuestrados; reconstrucción de los lazos solidarios destruidos por la dictadura; desmantelamiento del aparato represivo; exhumación y apoyo en la identificación de los cadáveres que siguen en las fosas comunes; entre otras. (Cueto Rúa, 2010)

Hay que tener claro que la impunidad después de la dictadura militar se había convertido en parte constitutiva de la cultura política argentina. Martín Fresneda, integrante de H.I.J.O.S. regional Córdoba, comenta:

Podés contar qué se siente la impunidad. Lo más parecido a la soledad, lo más parecido a la desprotección. La impunidad es la impotencia de la racionalidad frente a la arbitrariedad. La impotencia del pensamiento frente al nepotismo. La impunidad es una cultura y en aquellos tiempos, la impunidad era parte de la cultura. (Morello & Pablos, 2014b, sc. t. 4':25")

Y ante esa impunidad reinante, el escrache acontece como una forma diferente de comprender y practicar la noción de justicia, ya que abre la posibilidad para transfigurar la política de justicia y de derechos humanos que el Estado argentino venía operando desde el retorno a la democracia. Por tanto, el escrache inauguró un modo de acción directa que, ante la legal impunidad, hace de la denuncia y el señalamiento la única forma de resistencia posible contra el olvido y el silencio. Su forma fue muy variada,

pero su principio se conformó siempre el mismo: visibilizar la existencia en el barrio² de sujetos que participaron y apoyaron, de una u otra manera, con el terrorismo de Estado que produjo, entre otras atrocidades, la detención ilegal y la desaparición de treinta mil personas.

Los primeros escraches acontecen como manifestaciones públicas que, por medio de pancartas, mantas, gritos, canticos e insultos, buscan irrumpir sobre el estado de impunidad que el olvido y el silencio habían venido otorgando a los denunciados como colaboracionistas de los crímenes cometidos durante la dictadura. Sin embargo, muy rápidamente, se incorporarán otras prácticas artísticas y políticas, ampliándose así el repertorio y el significado estructural del escrache. Cuando se habla de escrache, se habla de un complejo dispositivo (Foucault, 1985) de protesta que acontece en varios momentos procesuales y que recurre a herramientas y recursos múltiples del campo del arte y de la política. (Bourdieu, 2005, 2012)

Como espectáculo público y puesta en escena, el escrache tomará múltiples formas, pero en todos los casos, la búsqueda y la apuesta será por los efectos futuros y, en ese sentido, H.I.J.O.S. comprende que dichos efectos son el resultado no del acto *performativo*, en el que se suele incluir marchas, murgas, obras de teatro, intervención visual del contexto urbano y la lectura de un posicionamiento, sino del trabajo previo que durante varias semanas

2 La categoría de «barrio» en este trabajo debe entenderse en una doble significación: por un lado responde al nombre que se le da en varios lugares de Latinoamérica a la administración territorial que divide a las ciudades en zonas, y que dicha división suele responder a etapas constructivas y de desarrollo que, en distintos momentos, van conformando los procesos de expansión de las ciudades; así mismo, la noción de «barrio» también alude a los lazos existenciales —éticos, estéticos y políticos— que caracterizan las relaciones interpersonales entre los habitantes de las zonas arriba aludidas, así como a los vínculos que estos sujetos guardan con el espacio, al que reconocen como propio y respecto del cual también reconocen procedencia; en ese sentido, el barrio es un territorio signado afectivamente en el que los sujetos constituyen lazos de identificación. (Hall & Du Gay, 2003)

la Mesa de Escrache Popular³ habría desplegado en el barrio, en la búsqueda de reconstruir los lazos sociales perdidos durante la última dictadura.

La Mesa de Escrache Popular, de la cual H.I.J.O.S. tiende a ser ni más ni menos que una parte, hace pie en el barrio del escrachado uno o dos meses antes del acto frente a su guardia. Cae a la manera de un paracaidista sin más brújula ni mapa previo que saberse parte de un pueblo que aún no terminó de escribir su historia reciente. El escrache viene a gritar en un barrio un capítulo que algunos preferirían omitir. Este capítulo desautoriza el discurso que ruega “cerrar las heridas del pasado”.
(H.I.J.O.S., 2002c, p. 64)

Para H.I.J.O.S. y las demás organizaciones que integran de forma permanente la Mesa de Escrache Popular, el escrache no sólo busca crear justicia por medio de formas múltiples de condena social, sino que incluso, busca que dicha condena también se direccione contra un sistema social que ha promovido el individualismo como forma privilegiada de existencia. En ese sentido, el trabajo previo y posterior al día del dispositivo *performático* persigue la reconstrucción de los lazos sociales desmembrado por el terrorismo de Estado y por el sistema económico actual, mismo que dificultan la sociabilidad.

Si bien es muy importante escrachar al genocida, de alguna manera también es una excusa para llegar al barrio y abordar las problemáticas del presente. Desde este lugar hemos trabajado junto a vecinas/os de algún barrio problemas de vivienda, de violencia policial, de corrupción en los tribunales, de las dificultades para enfrentar los miedos al hablar del pasado, generando espacios de encuentro y reflexión que relacionen las continuidades del genocidio y nuevas problemáticas. (GAC, 2009, p. 61)

3 Si bien, en 1996 los primeros escraches estuvieron dirigidos contra figuras muy mediáticas, para 1998 H.I.J.O.S., junto con el Grupo de Arte Callejero y el Colectivo Etcétera..., conformarán la Mesa de Escrache Popular; misma que se moverá de barrio en barrio y se coordinará con colectivos locales y con los vecinos para, en conjunto, definir las condiciones y el acontecer temporal de cada escrache particular.

Como se ha indicado, el escrache acontece como una forma de creación y de inmanencia de la justicia y, para esto, es necesario vislumbrarlo no como una manifestación en la que se articulan los agravados que exigirán e interpelarán al Estado para que ofrezca algún tipo de justicia, sino como un mecanismo o dispositivo que trascienda, por el trabajo mismo de solidaridad y reconstrucción del tejido social que despliega, los efectos mediáticos que su puesta en escena produce como espectáculo. Si bien, todo escrache implica una puesta en acción de distintas formas artísticas como formas de visualización y marcaje, lo realmente importante son sus *efectos residuales* en el barrio, éticos y estéticos, imposibles de lograr sin el trabajo previo de la Mesa. “Los escraches plantean una forma particular de hacer política. Son intervenciones descentralizadas e incluso periféricas que apuntan a una transformación de los significados y valores de los habitantes de los barrios.” (Benegas Loyo, 2013, p. 86)

Lo que está en juego en todo escrache es la problematización y posicionamiento ético de cada uno de los miembros del barrio. Las preguntas por el pasado y por la indiferencia se constituyen en las preguntas por la propia condiciones políticas y éticas que se aspira los sujetos se hagan a sí mismos. El escrache interpelará a los sujetos del barrio a asumir una posición ético y política con respecto a su condición de vecinos y de posibles cómplices del silencio y de la impunidad promovida por el Estado. El escrache tomará la forma de acto *parrhesiático* como técnica propia de lo que Michel Foucault llamará *Estética de la Existencia* (2011), con la intención de obligar a los integrantes de dichos barrios a reflexionar sobre su pertenencia a un territorio y sobre sus lazos con los vecinos, en tanto técnica para conocerse a sí mismos.

El Escrache como Interpelación Cínica

En los últimos cursos que dictó Foucault (2002, 2009, 2010) en el Colegio de Francia antes de su muerte, su preocupación se centró en estudiar la

historia de las *técnicas de sí*; aquellas técnicas antiguas que hacían posible que un sujeto se comprendiera a sí mismo como objeto de su capacidad de autogobernarse. Dichas técnicas, condicionadas siempre por el saber y las prácticas de una época, permiten la subjetivación de los individuos en términos éticos, estéticos y políticos. “[...] el modo en que un ser humano se convierte a sí mismo o a sí misma en sujeto.” (1998, p. 3) Es decir, técnicas que según Foucault:

[...] permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad. (1990, p. 48)

Sobre estas mismas prácticas, el autor francés también comenta:

[...] conjunto de prácticas que tuvieron ciertamente una importancia considerable en nuestras sociedades: es lo que podríamos llamar “las artes de la existencia”. Por ellas hay que entender las prácticas sensatas y voluntarias por las que los hombres no sólo fijan reglas de conducta, sino que buscan transformarse a sí mismos, modificarse en su ser singular y hacer de la vida una obra que presenta ciertos valores estéticos y responde a ciertos criterios de estilo. (Foucault, 2011, pp. 16–17)

En los últimos años de su vida, el filósofo presentó especial interés y preocupación por la *parrhesía*, que ubicaba como una de estas técnicas antiguas, como un *arte de la existencia*, que fue indispensable en el cuidado de sí y, por tanto, en los mecanismos que permiten al sujeto conocerse a sí mismo para autogobernarse y gobernar a los otros. Para Foucault, lo importante de ésta y otras artes de la existencia es que son dispositivos éticos de autocritica que ofrecen la posibilidad, “[...] no de descubrir los que [verdaderamente] somos, sino de rechazar lo que somos [para] imaginar y construir lo que podríamos ser [en la búsqueda de] liberarnos de este tipo

de ‘doble atadura’ política, que consiste en la simultánea individuación y totalización de las estructuras de poder moderno.” (1998, p. 11)

Entre las artes de la existencia, la *parrhesía* es un tipo de acción que se caracteriza por el decir veraz de un individuo hacia otro. El otro se constituye en la pieza fundamental del proceso de subjetivación, pues todo individuo requiere de los otros para conformarse en sujeto de un saber y de unas prácticas posibles. Constituirse como sujeto ético es, ante todo, una relación del orden estético y político en el que interviene el otro en su decir franco, en su decir verdadero. La crítica del otro permite la crítica de sí, la cual es la condición necesaria del gobierno de sí mismo, ya que es una actividad en la que la libertad se hace presente para asumir, aceptar, rechazar, negociar, matizar, desplazar, transformar, etc.; es decir, resistir los efectos de los dispositivos disciplinarios que desde el poder buscan controlar y conducir la acción de los individuos por medio de su subjetivación en los límites del régimen de verdad y de normalidad de una época. En este sentido, el otro, en el juego *parrhesiático*, confronta críticamente al sujeto para que éste se confronte a sí mismo, con la finalidad de que evalúe su estilo de vida y, de ser necesario y pertinente, modifique dicho estilo, dicha forma de existencia. “Y el papel de ese otro consiste precisamente en decir verdad, decir toda la verdad o, en todo caso, decir toda la verdad que sea necesaria y hacerlo en cierta forma que es justamente la *parrhesía*, traducida, insistimos como hablar franco”. (Foucault, 2009, p. 59)

El decir verdadero conlleva un riesgo, y el sujeto que ejerce la *parrhesía* asume dicho riesgo como parte constitutiva de la relación. Por tanto, se compromete con su acto veritativo y con las consecuencias que de su decir se puedan derivar. Lo que verdaderamente constituye la *parrhesía* es el hecho de que aquel que habla franco y dice lo que verdaderamente cree sin reservas, siempre está expuesto a posibles consecuencias. El otro habla y su

decir franco puede afectar el conocimiento que el sujeto tiene de sí. Entonces, siempre pueden derivarse consecuencias del decir franco, del decir verdadero, pues el interlocutor puede desestimar e incluso sancionar al locutor por su posible indiscreción.

[...] el *parresiastés* es alguien que asume un riesgo. Por supuesto, ese riesgo no siempre es un riesgo de muerte. Cuando, por ejemplo, alguien ve a un amigo haciendo algo malo y se arriesga a provocar su ira diciéndole que está equivocado, está actuando como un *parresiastés*. En tal caso, no arriesga su vida, pero puede herir al amigo con sus observaciones, y su amistad puede, consecuentemente, sufrir por ello [...] La *parrhesía*, por tanto, está vinculada al valor frente al peligro: requiere el valor de decir la verdad a pesar de cierto peligro. Y en su forma extrema, decir la verdad tiene lugar en el «juego» de la vida o la muerte. (Foucault, 2004, p. 42)

En términos políticos, la *parrhesía* da cuenta de un tipo de relación de veridicción que es la del consejero o el maestro con respecto al gobierno del alma del príncipe o soberano. La única posibilidad para ejercer el gobierno sobre otros es ejerciendo primero el gobierno sobre uno mismo. La *parrhesía*, según Foucault, fue una técnica antigua que permitió el cuidado de sí, circunstancia éticamente necesaria para aquel que ejercía el poder. En la modernidad, la *parrhesía*, como técnica para *conocerse a sí mismo*, ha tomado distintas formas: una de las más conocida y socorrida en nuestras sociedades es el psicoanálisis u otras formas de terapia sicológicas.

Asimismo —y este es el punto que deseo enfatizar respecto al vínculo entre *parrhesía* y escrache—, según Foucault, la interpellación en la *parrhesía* podía también tomar la forma de indiscreción y provocación, gestos comunes a la actitud de la filosofía cínica. “Los principales tipos de práctica *parrhesiástica* utilizados por los Cínicos eran: 1) prédica crítica; 2) conducta escandalosa; y 3) lo que llamaré el «diálogo provocativo».”

(Foucault, 2004, p. 157)

Por medio de estas prácticas los Cínicos interpelaban al poder con independencia de que el soberano o el representante del Estado quisiera ser interpelado. La interpellación cínica también, y privilegiadamente, se dirigía contra la sociedad y se concentraba sobre la crítica al *statu quo*; su crítica provocadora y escandalosa buscaba modificar la conducta ética y el sentido común de los individuos; es decir, “La *parrhesía* cínica también recurría a la conducta escandalosa o a actitudes que pusieran en tela de juicio hábitos colectivos, opiniones, modelos de decencia, reglas institucionales, etc.” (Foucault, 2004, p. 159) Siguiendo esta línea argumental, el escrache, como dispositivo estético-político, puede ser entendido como actualización moderna y localizada de aquellas prácticas escandalosas y provocativas que caracterizaba a la acción cínica.

Interpelar al Barrio

Retomando la línea interpretativa anterior, el escrache puede ser entendido como un gesto *parrhesiático* escandaloso —de estilo cínico—, pues busca interpelar al cuerpo social desde un decir veraz y siempre con el riesgo latente de la violencia que puede ser ejercida desde los aparatos represores del Estado, que no sólo utilizan a las fuerzas coercitivas, sino también a ciudadanos organizados que simpatizan con el poder y que funcionan como “inocentes” grupos de choque.

A mi modo de ver, ni H.I.J.O.S. ni los integrantes de la Mesa de Escrache Popular tenían intención de que su decir franco trastocara al Estado o a sus representantes; esa opción había quedado cancelada ante la falta de justicia derivada de los acuerdos contraídos entre la clase política con la militar para pactar el retorno a la democracia. Por el contrario, lo que se buscaba por la organización de derechos humanos era hacer visible el estado de impunidad y generar una condena social contra los imputados de crímenes de Estado, interpelando éticamente a los sujetos que se articulan en la vida cotidiana de los barrios.

[...] el objetivo de esta nueva *parrhesía* no es persuadir a la asamblea, sino convencer a alguien de que debe cuidar de sí y de los otros; y esto significa que debe cambiar su vida [...] pues ya no es sólo cuestión de alterar la propia creencia u opinión, sino de cambiar el estilo de vida propio, la propia relación con los otros, y la propia relación con uno mismo.

(Foucault, 2004, pp. 142–143)

La *parrhesía* que se ejerce en el escrache no se preocupa por interpelar al *genocida*⁴ o los representantes del Estado. Los efectos del escrache están más bien dirigidos al barrio. A los que apoyan activamente la reconfiguración de la justicia y a los que sólo observan. A los que han tomado una posición política sobre el pasado, pero sobre todo a los que han preferido la indiferencia. La *parrhesía* en la forma del escrache abre un espacio de autoevaluación sobre la vida misma, sobre el modo de vivir, sobre la estilística de la existencia. Exige del individuo del barrio su propia autocritica para constituirse como sujeto ético y, al mismo tiempo, como sujeto estético de una vida bella; como sujeto que le da forma estética a su propia vida. Ética y estética de la existencia.

Como se ha dicho, el escrache, entendido como una forma de *parrhesía*, se dirige principalmente al barrio. Si bien se escracha a un sujeto al que se le acusa de genocida o de algún otro cargo, lo más importante es la rearticulación de los lazos solidarios por medio de la interpelación a los habitantes del territorio donde vive el imputado. Sin embargo, el hecho de que el escrache tenga como pretexto a un represor o colaboracionista, y que el Estado no sea el interlocutor directo, no exime el riesgo. La misma comunidad puede tornarse violenta, indiferente o poco receptiva al acto de

4 En el discurso que desarrolló H.I.J.O.S. a lo largo de todos estos años, puede percibirse con mucha claridad y reiteración que el significado de la palabra genocida sirve para agrupar a cualquier individuo que, sin importar su grado de responsabilidad, haya colaborado con el terrorismo de Estado vivido en la última dictadura y, por lo tanto, haya ayudado a perpetrar el exterminio de los treinta mil detenidos-desaparecidos, entre otros crímenes no juzgados.

marcaje y visibilidad que el escrache procura. Sobre este punto Mariano Robles, integrante de H.I.J.O.S., comenta:

Vamos a hacerle el escrache a Patti⁵. Nos subimos en unos micros a Escobar. Y en Escobar era todo picante por donde lo mires. Porque la gente lo había votado. Porque el tipo era Intendente. Porque tenía una rufla de... se había juntado con todos los policías corruptos, represores de... se los llevó a todos para Escobar. Entonces era subirse a los micros e ir ahí, y bueno, no sabes qué pasa. Y lo mismo con Rico⁶. Rico era el Intendente de San Miguel. Después con estas cosas de la política se transformó en diputado, pero Rico es el mismo represor de Campo de Mayo, digamos, para que nadie se olvide. (Morello & Pablos, 2014a, sc. t. 11':45")

Así también, hay que indicar que, a partir de 1996, momento en que empezaron los primeros escraches, se tornó cotidiano la presencia de la fuerza policiacas para salvaguardar la propiedad privada y la integridad de los escrachados y, no en pocas ocasiones, hubo consecuencias represivas por parte de la fuerza pública; así como también la articulación reaccionaria de un discurso político que equiparó al escrache con actos de vandalismo. En este sentido, la historia de la Mesa de Escrache Popular y de sus prácticas no está exenta de aporías. Tomando distancia crítica, todo escrache pone en vilo el derecho del escrachado a un debido proceso, pues el escrache es la ejecución de la condena dictada con anterioridad por la asamblea. Pero, aun así, en el caso argentino ejercido por H.I.J.O.S., no hay que olvidar el

5 Luis A. Patti fue subcomisario de la policía y participó en múltiples crímenes durante la última dictadura, como también en tiempos democráticos. Entre 1995 y 2003 fungió como Intendente de Escobar, Provincia de Buenos Aires. En el 2005 fue electo diputado, pero la Cámara de Diputados impugnó su diputación. En 2008 fue desaforado y en 2011 recibió sentencia de cadena perpetua por crímenes de lesa humanidad.

6 En 1987 y 1988, el teniente coronel Aldo Rico encabezó dos levantamientos militares contra el gobierno de Alfonsín como reacción a los juicios que se seguían contra las Juntas Militares que gobernarón al país durante la dictadura. Los alzamientos de los Carapintadas, al mando de Rico, propiciaron la legislación de las leyes de "Obediencia Debida". Aunque Rico y otros líderes Carapintadas fueron arrestados, enjuiciados y condenados a prisión, todos fueron indultados en 1989 por el gobierno de Menem. Entre 1991 y 1995 Rico fue diputado federal. Y entre 1997 y 2003 fue Intendente de San Miguel, Provincia de Buenos Aires.

eslogan que fue repetido y pintado por múltiples rincones del país: “Si no hay justicia, hay escrache”. La justicia es producto del estado de derecho; el escrache como justicia alternativa es producto del estado de impunidad.

Pensar en la nulidad de la ley de Obediencia Debida, Punto Final e indulto era realmente pensar que lo imposible no era una utopía. Y nosotros mismos nos planteamos: “Si no hay justicia, hay escrache”. Pero la justicia no llega por generación espontánea, y menos en esta Argentina que estamos hablando. La justicia es y debe ser la responsabilidad de un pueblo, parte de la conquista de un pueblo. (Martín Fresneda en Morello & Pablos, 2014b, sc. t. 19':15")

El cuidado de sí como marco de comprensión al que Foucault alude para pensar la *parrhesía*, implica que el coraje de la verdad, el decir franco, puede influir en la modificación de la conducta; es decir, en la modificación de las condiciones que hacen posible la subjetivación y, por tanto, permite que esa existencia, ese vivir de cierta forma, sea objeto de una preocupación estética. Lo que se pone en juego en las artes de la existencia es darle forma bella a la propia vida. Dicha preocupación establece una relación entre ética, estética y política, pues buscar hacer de la existencia una existencia bella; implica la necesidad de que el sujeto se posicione éticamente ante sí mismo y asuma las consecuencias con él y con los otros de dicha posición y camino de transformación. Es un juego de creación e invención de posibilidades que no es ajeno a las consecuencias. Una *poiesis* de otras formas de vida posibles que exige acompañamiento *parrhesiático*. No hay una sola forma de la existencia bella, pero en todo caso, esa búsqueda es parte del cuidado de sí, y el decir franco como coraje de la verdad condiciona las conductas éticas y las estéticas de la existencia.

Para decirlo en dos palabras, la *parrhesía* es, por ende, el coraje de la verdad en quien habla y asume el riesgo de decir, a pesar de todo, toda la verdad que concibe, pero es también el coraje del interlocutor que acepta recibir como cierta la verdad ofrecida que escucha. (Foucault, 2010, p. 32)

En ese sentido, el escrache, en tanto *parrhesía*, se hace presente no sólo como un decir franco, sino como una estilística o estética de la existencia que busca promover otra forma de conducta ante la impunidad. El escrache acontece en una multiplicidad de formas, pero como juego *parrhesiático*, interpela desde su decir veraz a cada uno de los sujetos que habitan el barrio, para que asuman el coraje de cuidar de sí mismos y de transformar su existencia haciéndola estéticamente bella.

Si bien, el escrache se caracteriza por interpelar de manera insolente y escandalosa, cual metodología de la filosofía cínica, a un genocida, torturador o colaboracionista con el régimen militar, dicha interpelación es la táctica (De Certeau, 2000) para demandar al barrio un cambio; es decir, con el escrache no se busca el arrepentimiento del escrachado o simplemente la abolición de la impunidad como política de Estado. No, lo que se persigue puntualmente a partir de la crítica, el escándalo y la provocación es que los integrantes del barrio asuman una postura política y ética ante la impunidad y que, por lo tanto, se vean modificadas sus formas de vivir y transformadas sus subjetividades. El escrache como *parrhesía* persigue que los individuos del barrio se hagan sujetos de otro modo, y que lo hagan de una forma bella al cuidar de sí mismos.

Escrache: Escándalo de la Verdad

Entonces, la *parrhesía* en el escrache se constituye en un juego de verdad, en una relación en la cual la franqueza se vuelve peligrosa, ya que todo decir franco, como ya se dijo, abre la posibilidad que el imputado se ofenda, se moleste, se vengue y descargue su ira; pues, además, en el escrache dicho decir crítico se ejerce de forma escandalosa y por medio de la provocación y el sarcasmo; actitudes que caracterizaron en el mundo antiguo a los filósofos Cínicos y a su modo de ejercer este arte de la existencia. Según Michel Onfray, el cinismo entendido como lo hacían los antiguos es una:

[...] metodología que privilegia el gesto, el acto o el signo sobre la palabra o el discurso, y que termina por autorizar los juegos de palabras, el humorismo, la ironía y la provocación. A veces el sarcasmo llega a la injuria, pero siempre atendiendo a la idea de iniciar al otro en una sabiduría superior. Nada más alejado del gusto de Diógenes que la maldad pura y gratuita. (Onfray, 1990, p. 107)

En ese sentido, pensar en el escrache como una forma actualizada de *parrhesía* es sólo posible, si se le compara con el modo específico en que los Cínicos comprendieron el problema del decir franco. Para estos filósofos de la antigüedad: “La anécdota, la palabra ingeniosa o el retruécano apuntan a producir efectos éticos: una toma de conciencia, podría decirse.” (Onfray, 1990, p. 82) Para el Cínico es éticamente perentorio que la existencia se constituya en un combate frontal contra el orden establecido, contra el régimen del disciplinamiento y normalización social, pues dicho régimen busca socavar toda potencia poética y toda singularidad estética por sus capacidades creativas y subversivas. Para el cinismo reinventarse fuera de la norma y de los dispositivos de homogenización es el verdadero trabajo ético que debe procurar el cuidado de sí; por tanto, dicho trabajo debe ser vivido con júbilo y alegría, pues la vida es juego de transfiguración de lo establecido; combate que posibilita otro modo de existencia estética; es decir, desde esta doctrina, la vida debe ser una poética de la existencia.

Obrar según el punto de vista cínico es esculpir la propia existencia como una obra de arte, informar la materia en el sentido aristotélico: dar volumen, superficie, naturaleza, espesor, consistencia y armonía a la vida cotidiana que de ese modo se transfigura. Una vida debe ser el resultado de una intención, un pensamiento y un deseo, y todo [ser humano] debe ser como el artista que apela al conjunto de su energía para producir un objeto irrepetible, único. (Onfray, 1990, p. 85)

Como se ha dicho, el escrache además de condenar al imputado por medio de una serie de mecanismos altivos, ante todo interpela al barrio en distintos

momentos, para que esos individuos se obliguen a sí mismos a tomar postura, a asumir una posición política, a declararse a favor o en contra de la condena social como forma de justicia alternativa. En esta interpelación no hay lugar para las puras reflexiones teóricas, pues exige alguna conducta y la toma de conciencia sobre ésta. “Los cínicos aborrecen la indolencia. La acción supone un compromiso y un conflicto con lo real, un combate singular con la resistencia del mundo. Los hijos de Antístenes saben que la filosofía es un juego y un arte, pero, además, al mismo tiempo, un combate.” (Onfray, 1990, p. 86)

Uno no se vuelve sabio aceptando el papel de engranaje de la maquinaria social, sino que, por el contrario, llega a serlo negándose a colaborar. La rebelión es la virtud que fortalece las posiciones estéticas. En el extremo opuesto de la actitud filosófica [cínica] encontramos las instituciones que quebrantan las singularidades para hacerlas cooperativas: la escuela y la disciplina, el ejército y la obediencia, la fábrica y la docilidad. (1990, p. 76)

El escrache, entonces, se configura como un decir franco, pero en el cual lo que se dice, se dice más por gesto performático que por acción lingüística⁷; es decir, por el modo en que se conducen los *parrhesiastas*. El decir veraz y sus efectos están directamente asociados con el acto, con el estilo, con el gesto, con la forma, con la estética que se pone en juego. La verdad se hace manifiesta en la acción y la conducta. El decir franco no es un mero sustrato teórico que se vive como fundamento del actuar; no, en el escrache, como si éste fuera invención de los antiguos Cínicos, el actuar es la condición de posibilidad de que la verdad se manifieste estéticamente y políticamente; y que dicha manifestación, siempre disruptiva, escandalosa y aporética, acontezca

7 En el escrache la verdad acontece privilegiadamente por medio de los recursos estéticos de visualización y sonoridad que constituyen al dispositivo de interpelación. Las palabras y los discursos son importantes, pero los gestos y las acciones —que derivan de las puestas en escena teatrales, de la música y batucadas, así como de las intervenciones plásticas, entre otras— los son todavía más. El decir veraz y franco toma forma no sólo por lo dicho en palabras, sino por la performática visual, corporal y musical que coexiste con el discurso hablado en un mismo dispositivo estético-político.

en su máxima potencialidad, poniendo en duda todo aquello que organiza el orden del sentido común —objeto de crítica del escrache. “La ironía es una estrategia subversiva que recurre al rayo y a las temperaturas del apocalipsis: con ellos el cínico procura socavar las bases mismas de las mitologías sociales.” (Onfray, 1990, p. 119) Socavar el olvido y el perdón como supuestos pilares de la reconciliación social.

El escrache, en tanto potencia escandalosa e insolente que no guarda las formas sociales ni busca el reconocimiento ni redención ante el poder, permite la emergencia de la adjetivación contundente que visibiliza al implicado: *aquel sujeto señalado es un genocida*; sin más, sin atenuantes, sin miramientos, sin olvido ni perdón. La verdad se manifiesta en su propia sencillez y simplicidad. Dicha verdad no deviene de la argumentación histórica o filosófica, sino que emerge del reconocimiento que hace el barrio sobre la calidad ética de los escrachadores; es decir, del reconocimiento de su filiación. El castigo impuesto al imputado es la visibilidad adjetivada como *genocida*, la cual, a su vez, obliga a cada uno, y de distintas formas, a actuar en consecuencia en el futuro y según su propio pasado.

En la concepción griega de la *parrhesía*, sin embargo, no parece ser un problema la adquisición de la verdad, ya que tal posesión de la verdad está garantizada por la posesión de ciertas cualidades morales: si alguien tiene ciertas cualidades morales, entonces ésa es la prueba de que tiene acceso a la verdad —y viceversa—. El «juego parresiástico» presupone que el *parresiastés* es alguien que tiene las cualidades morales que se requieren, primero, para conocer la verdad y, segundo, para comunicar tal verdad a los otros. (Foucault, 2004, p. 40)

En el escrache no hay duda, no hay relativización de los acontecimientos históricos. Es pura inmanencia de creencia de verdad. El escrachado es culpable de los delitos no juzgados por el Estado. Por lo tanto, aun cuando el escrache busca ser una forma de condena social y de creación de la justicia,

no pretende ser un juicio según la concepción tradicional. El escrache debe entenderse como la sentencia y condena de un juicio nunca realizado, donde la culpabilidad de los genocidas se da por hecho y en función de la calidad ética y estética de los acusadores. Sin embargo, si algún actor social se encuentra realmente enjuiciado durante el escrache, ese actor es el propio barrio y sus integrantes, pues de ellos sí se espera algo: se espera que asuman el compromiso de actuar en consecuencia; en relación con un genocida que está previamente condenado a la visualización del escrache, desde el momento mismo en que la Mesa de Escrache Popular se desplaza a las cercanías de la guarida de éste.

Hoy estamos frente a la casa de otro torturador: Ernesto Enrique Frimon Weber⁸. Subcomisario (RE) de la policía federal que actuó como represor, durante la dictadura militar, en el centro clandestino de exterminio que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Fue torturador y secuestrador, y, como integrante del área de logística del Grupo de tareas 3.3.2, responsable del secuestro de más de 3500 personas. Actuaba bajo el seudónimo de 220, apodo puesto como reconocimiento a sus clases de tortura con picana eléctrica. Libre por la ley de Punto Final y con pedido de captura internacional del juez español Baltasar Garzón, acusado del delito de genocidio y terrorismo de Estado. Vive en Virgilio 1245 departamento 3, su teléfono es 4567-2112. (H.I.J.O.S., 2002a, p. 48)

Con las palabras anteriores daba inicio al escrache a Weber. Como puede leerse, el acto de señalización permite la reincorporación biográfica del sujeto escrachado con su propia historia. Asegura que el prontuario del implicado sea conocido por el barrio y que se constituya en memoria viva y ejemplar. (Todorov, 2000)

⁸ Miembro activo de la Policía Federal Argentina hasta 2011, momento en que fue condenado a cadena perpetua por su activa participación en delitos de lesa humanidad ocurridos durante la dictadura.

Asimismo, el cántico: “Alerta, alerta, alerta a los vecinos, al lado de su casa vive un asesino...” fue la manera en que multitud convocada coreaba mientras marchaba hacia la casa de Luis Juan Donocik⁹ para escracharlo. Dicho cántico tenía por principio, valga la redundancia, alertar a los vecinos sobre el estado de existencia del genocida y convocarlos a participar en el escrache. Última llamada para que los que se habían mantenido a distancia de los trabajos de la Mesa, se sumaran y asumieran un compromiso ético y político consigo mismos. Al frente del domicilio del torturador el acto cerraba con las siguientes palabras:

El escrache no tiene nada que ver con la muerte, ese es el terreno de los genocidas y sus cómplices, el escrache tampoco es el reclamo fugaz que transmiten los medios. Alejado de los medios, el escrache es más que esta marcha, empieza en el barrio y lamentablemente para Donocik, así como a sus otros vecinos escrachados: Marenzi y Yedro, el escrache se queda en el barrio. Habita las plazas, las asambleas, pinta las paredes y pasacalles. El escrache se va construyendo cada día en el barrio y va asumiendo su particularidad. (H.I.J.O.S., 2002b)

Poéticas Existenciales: Fusión del Arte y Política

Como se ha dicho, el escrache no es un simple juicio, es más bien un complejo dispositivo de hacer ver y hablar (Deleuze, 1990) que obliga a la sociedad en general, y a los individuos del barrio en particular, a preguntarse por sí mismos: por su condición de sujetos éticos, por su posible conducta para con ellos, para con su barrio, para con el genocida; obliga a preguntarse por cómo deben comportarse ante la impunidad, ante la injusticia, ante la vida; obliga a preguntarse por la posibilidad de una vida bella, una vida estética con arreglo a una ética y una política.

9 Luis Juan Donocik fue comisario de la Policía Federal Argentina y estuvo implicado en crímenes cometidos en los centros clandestinos de detención conocidos como: El Atlético, El Banco y Olimpo.

El escrache produce una actualización, una localización y una subjetivización de la problemática del terrorismo de Estado. La acción trajo la política nacional al espacio local; pero también trajo una situación del pasado al presente y, sobre todo, interrogó a los vecinos en tanto sujetos de decisiones éticas respecto de algo que hasta entonces podían evitar preguntarse. (Benegas Loyo, 2013, p. 96)

Pensar y analizar el fenómeno del escrache como un acto político que rompe radicalmente con las formas tradicionales de protesta social implica reconocer que dicho acontecimiento estético se mueve y se produce en el intersticio entre el campo político y el artístico. El escrache se configura, por medio de las potencias creativas que se despliegan, en una potencia estética que, a diferencia de las manifestaciones políticas tradicionales, no interpela al Estado y a sus instituciones como entidades de las que se espere reconocimiento. La acción política tradicional, aun cuando utilice recursos estéticos o artísticos, pone como blanco de su acción al Estado mismo y a las garantías incumplidas, mientras busca minar la capacidad de acción de los burócratas que ejercen el poder, para obligarlos a negociar y reparar los reclamos expresados. El escrache, por el contrario, se olvida del Estado y de sus representantes. Su objetivo de acción es el barrio, es la interpelación cínica a los sujetos que lo habitan, pero no para que se unan en una multitud emancipada que busque equilibrar y medir fuerzas con el Estado mismo; no, la interpelación escandalosa en el escrache se dirige específicamente contra el modelo de subjetivación individualizante contemporáneo, mismo que en Argentina tomó la forma de silencio y olvido por el pasado y la historia. El objetivo es que cada individuo se reconfigure subjetivamente de otro modo. Que cuide de sí mismo y se autogobierne para que el “Nunca Más” deje de ser el título del informe de la comisión presidida por Ernesto Sábato; deje de ser un deseo y una frase literaria. Que el “Nunca Más” encuentre asidero en la experiencia ética y estética del barrio.

Asimismo, hay que tener claro que el escrache tampoco busca ser reconocido como un fenómeno propio del campo del arte; no le interesa los espectadores; más bien busca los participantes. No le interesa la obra, el objeto o fenómeno artístico; más bien persigue la potencia transformadora, la *poiesis existencial*¹⁰. Tampoco le preocupa el consenso o la legitimidad que le podrían otorgar los distintos aparatos académicos o las instituciones como el museo o la universidad.

Como ya se dijo, lo que el escrache busca es la inmanencia creativa de la condena social como una forma de justicia al margen del Estado; asimismo, increpa a los individuos del barrio para que asuman postura y configuren su subjetivación de otro modo. En ese sentido, el escrache puede ser entendido como instauración de justicia y como potencia creativa que configura, en el intersticio ya señalado, las condiciones para que se produzca la condena social que disloque el estado de impunidad con el que fueron favorecidos los genocidas de la última dictadura argentina; estado de impunidad del que los distintos individuos de los barrios han sido, de alguna manera, también responsables.

Entonces, pensar al escrache ubicado en el umbral entre el campo político y el campo del arte es reconocer que sus características lo asemejan, de una u otra manera, a los productos confeccionados en ambos campos, pero de ello no se sigue que dicho intersticio deje de ser problemático. Por el contrario,

10 A lo largo de la analítica que abre Foucault sobre la problemática de las técnicas del sí mismo, este autor privilegia, por lo menos en sus traducciones al castellano, el uso del concepto de artes de la existencia para dar cuenta de esas múltiples técnicas que se encuentran a disposición de los individuos y que utilizan como mecanismos de subjetivación. Foucault también utiliza la noción de estética existencial o estética de la existencia para dar cuenta de los efectos estilísticos que dichas técnicas o artes ejercen y producen sobre la subjetivación de los individuos. Sin embargo, no hay que olvidar que, para los propios griegos, la noción de arte estaba irrediblemente vinculada, por un lado, a una técnica o tecné, y por el otro, a una potencia creativa o poiesis. En ese sentido, parece pertinente indicar que en este trabajo se prefiere poner el peso sobre la dimensión relativa a las potencias creativas y, por lo tanto, se privilegia el uso de la categoría de poéticas existenciales, sin olvidar que dichas potencias requieren de técnica y que producen un estilo de vida.

su doble pertenencia al campo político y al campo del arte hace del escrache un fenómeno de una complejidad enorme pues, por medio de él, es posible la inmanencia de *poéticas existenciales* muy diversas que toman sentido ético en sus efectos políticos. En el escrache, como se ha dicho, las potencias creativas no se limitan a la confección de una obra ni a la interpelación contra el poder de Estado; por el contrario, lo que busca el escrache de un modo creativo es la condena social y la reconfiguración del barrio.

Hay una razón por la cual el arte ha sido en el mundo moderno el vehículo del cinismo. Es la idea de que el propio arte, tratándose de la literatura, la pintura o la música, debe establecer una relación con lo real que ya no es del orden de la ornamentación, del orden de la imitación, sino del orden de la puesta al desnudo, el desenmascaramiento, la depuración, la excavación, la reducción violenta a lo elemental de la existencia. (Foucault, 2010, pp. 200–201)

Es posible que la potencia creativa y transformadora en el escrache radique en la incapacidad de ambos campos —el artístico y el político— para subsumir a plenitud esta acción performática como propia. Por un lado, pareciera evidente su pertenencia al campo político; sin embargo, al movilizar sus objetivos de interpelación del Estado hacia la interpelación sobre la transfiguración subjetiva del barrio, el escrache se acerca mucho más a las experiencias de experimentación y desmaterialización que cierta producción moderna y contemporánea del campo del arte ha buscado durante todo el siglo XX para fusionar arte y política, arte y vida cotidiana.

Según Foucault, el arte moderno ha ofrecido ejemplos en los que se rompe con los límites culturales, con la exigencia de producir obras, para producir cínicamente otra cosa. Lo que le interesa a este filósofo son aquellas potencias que resisten a los mecanismos de subjetivación normalizantes y que abren la posibilidad de que los individuos se subjetiviben de otro modo.

[...] el arte moderno tiene una función que cabría calificar de esencialmente anticultural. Hay que oponer, al consenso de la cultura, el coraje del arte en su verdad bárbara. El arte moderno es el cinismo de la cultura, el cinismo de la cultura vuelta contra sí misma. Y si no es sólo en el arte es sobre todo en él donde se concentra, en el mundo moderno, en nuestro mundo, las formas más intensas de un decir veraz que tiene el coraje de correr el riesgo de ofender. (Foucault, 2010, p. 201)

Con esto no se quiere decir que el escrache se constituya en una respuesta acabada y última a la recurrente e histórica búsqueda, en el campo artístico, de fusionar arte y vida cotidiana, sino que, al no preocuparse en relación con que dicha fusión pertenezca legítimamente a uno u otro campo, el escrache logra efectos éticos, estéticos y políticos sin precedentes, pues utiliza recursos y estrategias artísticas como tácticas de resistencia al modelo de gobernabilidad imperante.

Ven entonces lo que quiere decir Foucault cuando dice que la subjetivación de los griegos constituía la existencia como estética. Quiere decir que el arte cualificaba la existencia y no simplemente a la obra de arte, era entonces la subjetivación. Pero para que el arte se convierta en la operación de subjetivación, es preciso que ya no se conforme con constituir objetos particulares a los que se llamará obras de arte, es preciso que se convierta en movimiento de la subjetivación en general. (Deleuze, 2015, p. 130)

El escrache, entonces, ha de entenderse como una puesta en acción de múltiples recursos del mundo del arte con un fin político: increpar de forma escandalosa la conciencia ética de los habitantes del barrio, para que dichos habitantes se transfiguren a ellos mismos en la fuerza ética de una justicia paraestatal, en la condición de posibilidad de la condena social.

El escrache como interpelación escandalosa encontró, en los años noventa, diferentes formas y estilos. El decir franco en el escrache no toma una única forma o estilística, pero en todos los casos utiliza, de diferentes maneras,

múltiples recursos del campo del arte que conforman su estética particular. Lo importante no pasa por intentar equiparar esta práctica con un fenómeno del mundo del arte, equipararla con formas estabilizadas del saber y del quehacer de dicho campo, sino indicar que en el escrache se ejercen fuerzas estéticas que en muchos casos se suelen considerar o confundir como exclusivas del mundo del arte. El escrache crea, por su cualidad lúdica, crítica y poéticas, *posibilidades de existencia*.

Los comienzos de los escraches están muy ligados a la irrupción social y mediática de la agrupación H.I.J.O.S. e impactan fuertemente en la opinión pública. Desde sus inicios rompen con varias formas “tradicionales” de hacer política. Por su apelación a la potencia de la creatividad, de la alegría y de lo festivo como herramientas de lucha. (GAC, 2009, p. 57)

Ningún escrache es igual al anterior. Su unidad identitaria se ubica en el escándalo y la insolencia como maniobras de interpellación. Se recurre en la mayoría de los casos al teatro, la murga, la batucada, la instalación, la gráfica, la intervención urbana, pero, sobre todo, a la acción y el *performance* para marcar el domicilio del señalado como herramientas de un mismo dispositivo. Los escraches suelen concluir, después del desarrollo de varias actividades satíricas y de denuncia, con el lanzamiento, contra la fachada de la vivienda del implicado, de globos llenos de pintura roja. La señal o marca alude a la sangre derramada por las acciones del genocida y se transfigura en la huella del pasado que se hace presente en el aquí y ahora. Con ese acto categórico y simbólico, por un lado, todo escrache llega a su final; concluye, y es el momento crucial en el que la autoridad puede intervenir. Es el momento culminante en que los *parrhesiásts* transgreden formalmente el Estado de Derecho y, por tanto, pueden ser reprimidos o apresados por atentar contra la propiedad privada y contra la paz y el orden social. Antes de eso, la acción escandalosa se inscribe en los límites de la libertad de

expresión, la cual no deja de ser un riesgo en otros sentidos. Pero, por el otro lado, dicho acto categórico de marcaje simbólico es también el inicio del verdadero escrache, de aquél que persigue efectos de futuro: es el momento en el que los habitantes del barrio asumen su responsabilidad para ejercer la condena social contra el genocida que habita en su barrio. Es el momento en que el carnícer, el panadero, el mesero, entre otros, niegan sus bienes y servicio a los imputados, y a sus familiares y amigos. Es el momento en que el barrio se trasmuta es espacio de encierro y de condena. Despliegue panóptico de la mirada (Foucault, 1995) que inviste al imputado y a su identidad con la categoría de *genocida*.

Entonces, lo que el escrache potencia no es la creación de obras de arte, sino hacer de la propia existencia una forma éticamente bella. Persigue la *poiesis* de la existencia. Persigue la creación de alternativas éticas y políticas que modifiquen las condiciones y las posibilidades de que los individuos del barrio conformen su propia subjetividad. Persigue la crítica como posibilidad estética de cambio y transformación subjetiva.

En una entrevista realizada por Hubert Dreyfus y Paul Rabinow a Foucault, éste comentaba:

La ética griega está centrada en el problema de la elección personal, de una estética de la existencia. La idea del *bios* como un material para una obra de arte es algo que me fascina. [...] Lo que me sorprende es que en nuestra sociedad el arte se haya convertido en algo que sólo se relaciona con los objetos y no con los individuos o con la vida. [...] ¿Podría alguien convertir su vida en una obra de arte? ¿Por qué puede la lámpara de una casa ser un objeto artístico, pero no nuestra propia vida? (Dreyfus & Rabinow, 2001, pp. 268-269)

Por medio de estos cuestionamientos realizados por Foucault es posible pensar al escrache como una exemplificación, entre otras, de una forma de rearticulación crítica de la subjetividad para intentar producir, en los límites

de un régimen de verdad específico, los modos en que los sujetos del barrio pueden reinventarse ética, estética y políticamente, para resistir al silencio, al olvido y a la impunidad como norma y disciplina social de vida.

Como una estética de la existencia, es decir, como técnica o arte de la existencia, el escrache, en tanto *parrhesía* cínica, se hace presente como accionar *poiético* de la subjetivación; se hace presente como *poética de la existencia*. Si bien, el resultado de la condena social hacia la que aspira H.I.J.O.S. es muy importante para comprender el fenómeno del escrache, lo que parece más interesante es la posibilidad de autotransformación, de *gobierno de sí*, que el escrache abre para que los sujetos del barrio libremente se reinventen, conformando una vida bella con arreglo a una ética y una crítica.

Si bien sutiles y quizás pequeños, estos son los cambios en los códigos de valores, en los patrones de significados, que van produciendo un cambio en la forma de ejercer la ciudadanía, y así un cambio cultural. De esta manera, el escrache, una táctica callejera de intervención política, deviene una estrategia cultural, puesto que el verdadero impacto político comenzará como cambio cultural producido por la comunidad a partir de sus prácticas cotidianas. (Benegas Loyo, 2013, p. 98)

Referencias

- Benegas Loyo, D. A. (2013). Trabajar en el barrio: El escrache como intervención cultural. *Revista Acta Sociológica*, 60, 79–101.
- Bourdieu, P. (2005). Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario. (T. Kauf, Trad.; 4ta.). Anagrama.
- Bourdieu, P. (2012). La distinción. Criterio y bases sociales del gusto (M. del C. Ruiz de Elvira, Trad.; 1era ed.). Taurus.
- Colectivo Situaciones. (2002). 9 hipótesis para la discusión. En Colectivo Situaciones (Ed.), *Situaciones 5 (+1) Genocida en el Barrio. Mesa de Escrache Popular* (1era., pp. 25–27). Ediciones de Mano en Mano.

- Cueto Rúa, S. (2010). El surgimiento de la agrupación Hijos-La Planta: La discusión por quienes son las víctimas del terrorismo de Estado. *Sociohistórica*, 27, 137–163.
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. (A. Pescador, Trad.; 1era.). Universidad Iberoamericana, ITESO.
- Deleuze, G. (1990). ¿Qué es un dispositivo? En E. Balbier, H. L. Dreyfus, & G. Deleuze, Michel Foucault (pp. 155–163). Editorial Gedisa.
- Deleuze, G. (2015). La subjetivación. *Curso sobre Foucault: Vol. III* (P. Ires & S. Puente, Trads.). Editorial Cactus.
- Dreyfus, H. L., & Rabinow, P. (2001). *Michel Foucault: Más Allá Del Estructuralismo Y La Hermenéutica* (R. C. Paredes, Trad.; 1era ed.). Nueva Visión.
- Duduik, A., & Torres, C. (2014). Derecho humano a la verdad. El Escrache como acto parrehsíatico. *Revista Tramas, Subjetividad y Procesos Sociales*, 21, 197–224.
- Foucault, M. (1985). *Saber y verdad* (1era.). Ediciones de la Piqueta.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo. Y otros textos afines* (M. Allendesalazar, Trad.; 1era.). Paidós.
- Foucault, M. (1995). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad.; 23era.). Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998). El sujeto y el poder (C. de Iturbe, Trad.). *Revista Mexicana de Sociología*, 3, 3–20.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de Fance (1977-1978)* (H. Pons, Trad.; 2da.). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Discurso y verdad en la antigua Grecia* (F. Fuentes, Trad.; 1era.). Paidós.
- Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros. Curso del Collège de France (1982-1983)* (H. Pons, Trad.; 1era.). Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros 2. Curso en el Collège de France (1983-1984)* (H. Pons, Trad.; 1era.). Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Foucault, M. (2011). *Historia de la Sexualidad 2. El uso de los placeres* (M. Soler, Trad.; 2da.). Siglo XXI.

- GAC. (2009). Pensamientos, prácticas y acciones del GAC (1era.). Tinta Limón.
- Hall, S., & Du Gay, P. (Eds.). (2003). Cuestiones de identidad (H. Pons, Trad.; 1era.). Amorrotu.
- H.I.J.O.S. (2002a). Discurso de H.I.J.O.S. en el escrache de Weber. En Colectivo Situaciones (Ed.), Situaciones 5 (+1) Genocida en el Barrio. Mesa de Escrache Popular (1era., pp. 49–51). Ediciones de Mano en Mano.
- H.I.J.O.S. (2002b). Discurso escrache Luis Donocik 14-12-02.
- H.I.J.O.S. (2002c). Documento de la Comisión de Escrache de H.I.J.O.S. Noviembre de 2001. En Colectivo Situaciones (Ed.), Situaciones 5 (+1) Genocida en el Barrio. Mesa de Escrache Popular (1era., pp. 61–66). Ediciones de Mano en Mano.
- Morello, J., & Pablos, G. (Directores). (2014a). H (1) [Documental]. En H.I.J.O.S. de una misma historia. Canal Encuentro.
- Morello, J., & Pablos, G. (Directores). (2014b). J (3) [Documental]. En H.I.J.O.S. de una misma historia. Canal Encuentro.
- Morello, J., & Pablos, G. (Directores). (2014c). O (4) [Documental]. En H.I.J.O.S. de una misma historia. Canal Encuentro.
- Onfray, M. (1990). Cinismo. Retrato de los filósofos llamados perros. (A. Bixio, Trad.; 1era.). Paidós.
- Todorov, T. (2000). Los abusos de la memoria (M. Salazar, Trad.; 1era.). Paidós.